

do, que la mencionada bula, y que finalmente era su ánimo el de vivir, y morir en la fe de la santa Iglesia católica, apostólica romana, y en la verdadera sumision á nos, y pontífices venideros como sucesores de S. Pedro, y vicarios de Jesucristo en la tierra. Despues de una declaracion tan formal hicimos, que se nos presentase, y habiendose confirmado nuevamente en cuanto tenia manifestado por la formula, no pudimos menos de echarle nuestros brazos, y apretarle en ellos con una ternura la mas paternal satisfaciendo de este modo el extraordinario gozo, que se apoderó de todos nuestros sentidos al ver tan maravillosa conversion, y para colmo de nuestra felicidad se agrega que en las últimas cartas, que nos escribe felicitandonos por nuestra feliz llegada se ratifica otra vez en la retractacion que hizo en Florencia. — *Roma 27 de Julio de 1805.*— *Gazeta de Bayona núm. 280.*

## CAPITULO IV.

*Historia de Jansenio desde el origen del jansenismo en el año de 1630 hasta la muerte de Jansenio en el de 1638.*

Si á causa de la ignorancia presuntuosa del entendimiento humano, es necesario que se susciten heregías: por la misma razon no puede suceder que caigan de repente y mueran, por decirlo así, de todo punto. La heregia, á ejemplo de la hidra que se reanimaba con sus propias

heridas, ni espira ni nace en una época precisa; y si referimos la del Jansenismo al año 1630, es porque adquirió su forma en el libro fatal que entonces tenia ya Jansenio muy adelantado. Pero ecsistia muy de antemano en el seno de la Francia, en las reliquias del calvinismo, que aunque abatido en aquel reyno, habia dejado en el un germen de contagio, que solo podia estirparse á fuerza de tiempo y de trabajo. Esta es la suerte de las tierras desgraciadas en que puso el pie la heregia, á lo menos cuando sus estragos fueron considerables. Asi vemos desde la primera edad de la Iglesia, que el arrianismo, por ejemplo, y el pelagianismo, el primero de los cuales destruía radicalmente el cristianismo, y el segundo acababa con la gracia, que es el alma de él, produjeron el Semi-Arrianismo ó Macedonianismo, y el Semi-Pelagianismo ó Masilianismo. Era pues natural que la heregia de Lutero y de Calvino, mas enorme que la de Arrio, arrojase bástagos que conservasen á lo menos en parte la malignidad del jugo que los habia producido.

Pero á ejemplo de los Semi-Arrianos y Semi-Pelagianos, que tomaron el nombre de Macedonianos y Masilianos, se avergonzaron de su origen los Semi-Calvinistas, y desechando el nombre de su inmediato autor, tomaron otros varios; y por último se colocaron en la clase de los seres fantásticos y puramente imaginarios. Sus obras dirán si en efecto no son mas que unos fantasmas.



Después del famoso sitio de la Rochela, cuando quedó sojuzgado el Calvinismo en Francia, urdió principalmente sus tramas el Semi-Calvinismo, á fin de estenderse por aquella gran nación, cansado de estar oculto en los oscuros pântanos donde habia nacido y vivido hasta entonces. Cornelio Jansen, su autor aparente, mas conocido por el nombre latinizado de Jansenio, nació en 1585, de una familia comun, en la aldea de Ackoi del condado de Leerdam en Holanda. Aprendió los elementos de la gramática en Leerdam, principió las humanidades en Utrech, y después fué á estudiar retórica á Lovaina, en el colegio de los jesuitas.

Abandonó este colegio, y pasó á otro de la misma ciudad, donde estudió filosofía. Estudió luego teología, siendo sus maestros Santiago Bayo, sobrino del famoso Miguel, y Santiago Jansen, ámbos á dos zelosos propagadores del Bayanismo. Así no solo se perpetuaron estos errores, sino que adquirieron un incremento que llenó las ideas de su primer autor. Hallando Jansen en su discípulo Jansenio las disposiciones convenientes para representar algun dia en el partido el papel principal que hacia él mismo desde que murió el famoso Bayo, no omitió diligencia alguna para cultivarlas; y se tomó el trabajo de dirigir con una atencion muy particular los estudios de un alumno tan útil para sus fines.

Tubo Jansenio por condiscípulo y por intimo amigo á Juan Verger de Haurane, que habia

ido desde Bayona, de donde era natural, á estudiar teología á Lovaina, y al principio concurreó al colegio de los jesuitas; pero luego pasó, del mismo modo que su amigo, á la escuela de Jansen. Bajo la palabra de su maestro comun, se apasionaron ámbos á dos de las novedades de Bayo, las cuales se les proponian y se alababan como la pura doctrina de san Agustin. Entretanto, viendo Jansenio que los ayres de Lovaina eran contrarios á su salud, debilitada ya con la demasiada aplicacion al estudio, y habiendole proporcionado Verger una plaza de preceptor en Paris, trabó allí amistad con el padre Gibleuf, y se confirmó en las nuevas opiniones sobre la gracia y el libre albedrio, con la lectura de un tratado de aquel padre de la congregacion del oratorio acerca de la libertad de Dios y de la criatura. Isaac Habert, doctor de Sorbona y después obispo de Vabres habia aprobado esta obra, siendo bastante mozo; pero habiendo conocido luego, como lo dice él mismo, que su doctrina era herética, revocó su aprobacion. Después de haber estado Jansenio algunos años en Paris, acompañó á Verger á Bayona, cuyo obispo dió colocacion á uno y á otro: al primero le hizo rector del colegio; y al segundo, que era hombre de distincion, canónigo de la catedral. Allí estubieron cinco ó seis años, muy dedicados á la lectura de los santos padres, y principalmente de S. Agustin, donde segun se vió por sus escritos, no atendieron tanto á la interpretacion



Comun y al sentido de la Iglesia: como á las ideas singulares con que los habia preocupado Janson. Promovido el obispo de Bayona, Beltran de Eschautx, al arzobispado de Tours, recomendó á Verger al obispo de Poitiers, Henrique de la Roche-Posai, el cual le hizo vicario general, canónigo de su catedral, y por último abad de S. Ciran, renunciando esta abadía para que recayese en él.

Cansado Jansenio de la ausencia de su amigo y protector, se retiró de Bayona para volver á Lovaina; y Janson que contaba mucho con él, le proporcionó el rectorato del colegio de santa Pulqueria, fundado poco ántes en aquella ciudad. Allí fué propiamente donde se urdió la trama del Semi-Calvinismo, y se manifestó la habilidad de este partido en muchas cosas. ¡Ojalá pudiéramos sepultar estos artificios en un eterno olvido! Pero si tratándose de las personas bien ó mal conceptuadas en el público, es obligacion del historiador decir animosamente la verdad, ¿qué prevaricacion, ó por mejor decir, qué traicion no seria en un historiador eclesiástico, si con su silencio diese á entender que subscribia á los calendarios cismáticos, que cuentan por santos á unos novadores opuestos á la doctrina de la cabeza y de los miembros del cuerpo del apostolado, esto es, á la fe de la Iglesia universal, y los celebran por santos, tanto más ilustres cuanto mayor fue el escándalo con que la impugnaron? Usemos sin embargo de toda la moderacion que puede permitir un zelo ilustrado, y de toda

la imparcialidad que no llegue á constituirmos neutrales entre la fe y el error; pero sobre todo de una circunspeccion y esactitud en que nada hallen que censurar sino los sectarios que niegan con descaro y sin razon todo lo que no es favorable á su secta. La historia, que debe estar muy agena del tono contencioso, no se escribe para los obstinados, á quienes jamás han podido reducir las controversias mas bien sostenidas. Nos basta que todo católico, que todo fiel, sujeto á las decisiones de la silla apostólica, suscritas por el cuerpo del apostolado ó del episcopado, reconozca la verdad, y halle un preservativo contra la seduccion de la hipocrecia.

Colocado Jansenio en Lovaina, renovó sus protestas de amistad á Verger, el cual lo habia hecho antes; y no tardó en darle testimonios efectivos de ella. Desde luego le respondió que al abrir su carta habia derramado muchas lágrimas, y que para ocultar su flaqueza, habia tenido que separarse de los que estaban en su compañía; como en otro tiempo el patriaca José al ver á Benjamin. "Entonces (continúa) di rienda suelta á mi pasion, y me contenté con manifestarme á mi mismo en mi soledad, donde no habia mas testigo que Dios y yo, que mi afecto no solo sale absolutamente de lo íntimo del alma por silogismo, sino que está arraigado en la medula y derramado por la sangre." Cualquiera otro, menos el melancólico Verger, se habria reido de un cariño que no procede, como un silogismo, de la superficie del alma, sino que circula con la



sangre, y está arraigado en la médula; pero el lenguaje de Verger era casi tan bátavo, y su humor mucho más extravagante que el de Jansenio, el cual á lo ménos se esplica razonablemente en latin, y no deja de tener delicadeza en los pensamientos. Al contrario no hay cosa mas notable en los escritos del abad de S. Ciran que una algarabía desatinada, de la cual se encuentran á cada página rasgos tan ridículos como ininteligibles. Es verdad que entónces no estaba todavia el buen gusto en el estado de perfeccion á que ha llegado despues; pero la claridad de las ideas, la propiedad de la dición, ó á lo menos la sensatez, son de todos los siglos.

Conocido ya el padre del Jansenismo, se trata de examinar el nacimiento del hijo, el cual debe fijarse en la época en que se concluyó el primer tomo del *Augustinus*, cuyo objeto es probar que la enseñanza comun de la Iglesia acerca de la gracia no es mas que un Pelagianismo, ó á lo menos un Semi-Pelagianismo: bien que prueba mucho mejor que el nuevo Agustino es un Semi-Calvinista, y en muchas cosas un Calvinista riguroso. Sin embargo, con el gran nombre de Agustino se esperaba causar una ilusión general, pues se sabe que el título de un libro basta para recomendarle entre muchas personas, y se trató muy despacio de la invencion de aquel título seductor, que tardó bastante en ofrecerseles.

Ocio, ministro Zuingliano de Zurich, pretende que Jansenio tomó su sistema dogmático de

las actas del sínodo protestante de Dordrecht, tanto porque advierte entre los dos una perfecta conformidad de sentimientos sobre la predestinacion y sobre las operaciones de la gracia, como tambien un mismo método, unas mismas pruebas y unos mismos discursos. La conjetura es muy fundada, pues sabemos por otra parte que atrincherrado Jansenio con las actas de aquel concilio herético, y haciendole instancia los católicos para que las pusiese algunas notas, no quiso hacerlo por el temor de comprometerse.

Dice ademas en una carta á su fiel Verger, "que aquellas actas seguían casi enteramente la doctrina de los católicos sobre la predestinacion y reprobacion; y que habian suprimido todo el exceso que habia en la opinion de Calvino, á escepcion de la certeza de la predestinacion, de la inamisibilidad de la gracia y de algunas otras faltas." Con este modo de pensar, no es extraño que no fuese de su gusto la enseñanza comun de las escuelas católicas. Asi es, que á pesar de todos los temperamentos de que se vale el doctor Du-Pin, no puede menos de convenir en que Jansenio emprendió su obra, no solo para defender la doctrina de las censuras famosas de Duai y Lovaina, sino tambien con el objeto de impugnar las opiniones de los escolásticos, porque las creía opuestas á la doctrina de S. Agustin sobre la gracia y la predestinacion.

El cancelario Janson, su maestro y oráculo, le habia comunicado como un secreto inestima-



ble esta preocupacion particular, que el mismo habia recibido de Bayo, primer autor de un descubrimiento tan extravagante, hecho en las obras de S. Agustin. Jansenio escribió poco despues á Verger que tenia que participarle un secreto de grande importancia acerca de la doctrina que ambos profesaban, particularmente con respecto á S. Agustin, "del cual me parece (añadía) que hasta ahora le he mirado sin ojos, y le he oído sin percibir su voz. Si los principios que se me han descubierto son verdaderos, como lo juzgo hasta la hora presente en que he leído gran parte de ellos, asombraremos á todo el mundo con el tiempo." ¿Era posible anunciar mejor la novedad, y por consiguiente el peligro de la doctrina que se establecia? ¿Qué siniestro fenómeno! ¿Puede haber en la Iglesia cosa mas asombrosa que unos dogmas que han de admirar á todo el mundo? La verdadera fe, la doctrina de Jesucristo, enseñada por sus apóstoles y sucesores en todos tiempos y lugares; en una palabra, la enseñanza comun de la Iglesia nada tiene que deba asombrar al mundo católico.

Voy ahora á presentar otra carta de Jansenio á S. Ciran, la cual dará á entender perfectamente sin ningun comentario, lo que pensaban uno y otro acerca de la perpetuidad de la fe en la Iglesia á pesar de toda la ostentacion de su partido en orden á esta verdad fundamental. "No es posible decir cuanto he variado de opinion y de juicio con respecto á san Agustin, y me admiro de que su doctrina sea

tan poco conocida entre los sábios, no solo de este siglo, sino de muchos siglos anteriores. Porque hablandote con ingenuidad creo firmemente que despues de los hereges, nadie ha corrompido mas la teología que esos vocingleros de la escuela, á quienes conoces muy bien. Si hubiese de reducirse al estilo antiguo, que es el de la verdad, la teología de estos tiempos no tendria en gran parte ningun aspecto de teología..... Yo quisiera poder hablarte de estas cosas á fondo; pero necesitaríamos muchas semanas y muchos meses. Me parece que he descubierto, por principios fijos é inmutables, que aunque las dos escuelas de dominicos y jesuitas estuviesen disputando hasta el día del juicio, segun el sistema que siguen, no harían otra cosa que estraviarse mas y mas; porque una y otra distan infinito de la verdad. No me atrevo á decir á nadie lo que pienso segun los principios de S. Agustin, de una gran parte de las opiniones de este tiempo, y particularmente de las de la gracia y predestinacion, no sea que me jueguen en Roma la misma pieza que á otros, antes que esten todas las cosas maduras y en perfecta sazón....

"Este estudio me ha quitado enteramente el deseo que pudiera tener de lograr una cátedra en la universidad; pues veo que ó me seria forzoso callar, ó arriesgar hablando.... Estoy algo disgustado de santo Tomás, despues de haberme instruido á fondo en la doctrina de san Agustin."

Impaciente por tener noticias de unos des-



cubrimientos tan preciosos, hizo un viage á Lovaina el abad de san Ciran. Luego que estuvo enterado de todo, se trató de los medios de establecer el sistema. Se convino en las disposiciones mas oportunas para acreditar la obra en que se contenia: quedó resuelto que por todas partes se harian grandes esfuerzos para deshonorar á los escolásticos, y especialmente á los regulares, tan adictos á la creencia comun, que no habia que esperar desprenderlos de ella, y tan acreditados, que debian temer de ellos un obstáculo insuperable para la nueva doctrina, á no hacerlos absolutamente despreciables: que se mostraria mucho ardor por los intereses de los obispos, para conciliarse su benevolencia y moverlos á humillar á los regulares; y que en cuanto á las nuevas comunidades de sacerdotes, era necesario declararse á favor de ellas, y no omitir diligencia alguna para atraerlos á su partido. En prueba de todo esto véase la coleccion de las cartas escritas por Jansenio desde el año 1621, en que se formó esta maquinacion.

En vista de esto, y sin atender mas que á la naturaleza de los medios empleados para que prevaleciese la novedad sobre la ensenanza comun: ¿no podria preguntarse: fue establecida de este modo la Iglesia por los apóstoles? ¿Y debe sostenerse de este modo? No: en esta cabala no se trataba, á lo menos por parte de su autor, de sostener la Iglesia, la cual, segun él se esplicaba, habia mucho tiempo que estaba destruida. El santo fundador de los pa-

dres de la mision, que en calidad de paisano, tubo una coneccion bastante intima con el abad de san Ciran ántes de conocerle bien, fué una mañana á visitarle, y le habló el abad de las supuestas luces que acababa de lograr en la oracion. "Os lo confieso (le dijo): Dios me ha dado y me dá grandes luces. Me ha manifestado que ya no hay Iglesia." Como al oir estas palabras, manifestase el santo la mas estrana sorpresa: "no (replicó el iluminado): ya no hay Iglesia. Me ha dado Dios á entender que de quinientos ó seiscientos años á esta parte, ya no hay Iglesia. Antes de esto era la Iglesia como un gran rio, cuyas aguas estaban claras; pero ahora lo que nos parece Iglesia, no es mas que un cenegal. La madre de este hermoso rio es todavia la misma; pero las aguas son diferentes. ¿Pues qué (le dijo el santo) quiere Vmd. dar mas crédito á sus sentimientos particulares que á la palabra de nuestro Señor, el cual dijo que edificaria su Iglesia, y que no prevalecerian contra ella las puertas del infierno?" A lo que respondió el abad: "es verdad que Jesucristo edificó su Iglesia sobre la piedra; pero hay tiempo de edificar y tiempo de destruir. La Iglesia era su esposa; pero ahora es una adúltera y una prostituta. Por tanto la ha repudiado, y quiere que en su lugar se substituya otra que le sea fiel."

El artificioso predicante no hizo de una vez esta horrible confianza, ántes bien habia tenido muchas conversaciones para preparar insensible-



mente á su piadoso amigo. Un día que le encontró éste con la sagrada escritura entre manos, habló largamente el abad de las luces especiales que le daba Dios para la inteligencia de los libros santos, y llegó á decir que eran mas luminosos en su entendimiento que en si mismos. Si esta algarabía no espresa el dogma calvinista del sentido particular, oculta igual peligro y mayor jactancia. En otra ocasión, en que trataban los dos de un artículo de la doctrina de Calvino, tomó el abad la defensa del heresiarca, y sostuvo formalmente algunos errores suyos. El santo le hizo presente que aquella doctrina estaba condenada por la Iglesia. "Calvino (replicó el abad) no tenia tan mal pleito como Vmd. piensa; pero le defendió mal. Habló mal; pero pensaba bien." Otra vez que sostenia unos puntos condenados por el concilio de Trento: "Vmd. se escede (le dijo S. Vicente). ¿Quiere Vmd. que me fie de un doctor particular, sujeto á enganarse, mas bien que de la Iglesia universal, que es la columna de la verdad? Esta me enseña una cosa, y Vmd. quiere persuadirme otra, que es diametralmente opuesta. ¿Cómo se atreve Vmd. á preferir su dictámen al de los hombres de mas talento que ha habido en el mundo, y á tan considerable número de santos prelados que decidieron este artículo en el concilio Tridentino? No me hable Vmd. de ese concilio (replicó el abad). Ese era un concilio del papa y de los escolásticos, en que todo se redujo á embrollos y artificios."

Todas estas conversaciones fueron referidas por el mismo S. Vicente á algunos individuos de su congregacion, y á muchas personas de la parte de afuera, para precaverlas contra las sorpresas de los nuevos dogmatizadores. El historiador que nos las ha transmitido, fundado en las declaraciones de tantos testigos, esto es, Luis Abelly, obispo de Rodes, prelado juicioso y de mucha virtud, pudo saberlas á fondo en la casa de S. Lázaro, adonde se retiró despues de haber hecho renuncia de su obispado. Aunque el abad de san Ciran escribió varios tratados, su obra maestra es el libro que publicó con el nombre misterioso de *Petrus Aurelius*. Pero todo el mundo estaba enterado del misterio, que daba cierta facilidad á la jactancia del autor. Por tanto decia él con modestia, que era la mejor obra que se habia publicado en el espacio de seiscientos años. Por lo demas, el dicho era modesto, tratándose de un autor eclesiástico que creía haberse acabado la Iglesia desde el principio de estos seiscientos años. Tenia sin embargo entre los obispos unos partidarios que le sirvieron con tanto empeño, que se imprimió y reimprimió su libro á espensas del clero de Francia. Al contrario, la corte mandó prender al impresor y recoger todos los ejemplares que pudiesen haberse á las manos, porque el autor declamaba como un energúmeno, no solo contra los religiosos que servian útilmente á la Iglesia, sino contra los prelados mas respetables, y en particular contra el cardenal de la Ro-



chefeoucault, aun menos ilustre por su nacimiento y dignidad que por su instruccion y eminentes virtudes. Con el tiempo abrieron los ojos los obispos que se habian dejado preocupar á los principios, y leyeron con asombro en el libro autorizado tan prematuramente, que un pecado de impureza destruye el episcopado y el sacerdocio, y que un obispo despues de haber renunciado, queda, segun el dictamen de los santos padres y el uso ó costumbre primitiva, como si nunca hubiera sido obispo.

Vieron en él un trastorno total del orden gerárquico: los párrocos iguales á los obispos, los obispos al sumo pontífice, y todos los religiosos tratados con un desprecio que recaé sobre el estado mismo, y muestra claramente en el autor del Pedro Aurelio los principios que se esplican en la obra del padre Seguenot. Se encuentran en él, con los dogmas de Jansenio acerca de la voluntad de Dios relativamente á la salvacion de los hombres y á la imposibilidad de cumplir los mandamientos en la ley antigua, se encuentran colocadas en la clase de los artículos de fe generalmente recibidos, las máximas de que un herege que da limosna no tiene mas gracia y caridad que los demonios que curan algunas veces á los enfermos, y otras de esta naturaleza. En una palabra, esta obra tan celebrada á los principios, llegó despues á desagradar en tanto extremo, que el mismo Dupin hizo el esfuerzo de convenir en que su autor rara vez trata á fondo las materias, y que no es siempre ecua-

to en sus decisiones. El clero, despues de haber conocido por último lo que era esta obra, hizo que se suprimiese de la *Galia Cristiana* el elogio que allí se habia hecho de ella.

Se proponia S. Ciran en este escrito sostener á los sacerdotes seculares de Inglaterra contra los regulares que estaban empleados en las misiones de aquel reino. Urbano VIII. habia enviado allí á Ricardo Smith, revestido del carácter episcopal, y del título de obispo de Calcedonia, pero no de la cualidad de ordinario, como lo declaró despues este pontífice de un modo auténtico, asegurando que no habia hecho mas que delegarle, con unas facultades que podria revocar cuando lo tubiese por conveniente. Pero antes de esta declaración, la cual obligó á Smith, aunque con mucho sentimiento, á retirarse de Inglaterra, á donde le prohibió Urbano que volviese en lo sucesivo, quiso impedir á los regulares, en virtud de un antiguo breve de Pio V. que confesasen sin tener la aprobacion episcopal: lo que escitó tan fuertes disputas entre el clero secular y regular, que los infelices católicos de Inglaterra vieron el momento en que el cisma y la discordia iban á causarles mayores males que la opresion en que gemian bajo el yugo de los hereges. Se escribió por una y otra parte. Estos escritos pasaron desde luego á Francia, y así la Soborna como la asamblea general del clero condenaron muchas proposiciones establecidas por los regulares. Léjos de someterse estos á unos jueces cuya autoridad no reconocian, impugna-



ron las censuras, y sostubieron que la de la Sorborna contenia errores formales. Tomaron entonces la pluma los doctores franceses.

El doctor Haller publicó su tratado de la gerarquía, y el abad de S. Ciran dió á luz, con el título original de *Pedro Aurelio*, un enorme tomo en folio, en el que, como dice un observador juicioso y sabio, quedarían muy pocas cosas, si se suprimiesen las injurias que vomitó en él. Para sofocar esta division escandalosa, condenó el padre comun de los fieles todo lo que se habia escrito por una y otra parte acerca de esta controversia: prohibió, pena de excomunion, publicar ninguna obra sobre la misma materia, y declaró que la santa sede apostólica se reservaba su conocimiento y decision.

Lo que S. Ciran pretendia conseguir en Inglaterra, estendiendo allí el poder del vicario apostólico mas allá de los límites que habia fijado la misma silla apostólica, lo intentaba tambien Jansenio por su parte en la mision de Irlanda, haciendo esfuerzos para atraer á su partido el colegio que tenían los irlandeses en Lovaina, el cual servia de seminario para aquella mision: á cuyo fin contribuyó mucho el padre Florencio Conrió, religioso de la estrecha observancia de S. Francisco, el cual habia llegado á ser arzobispo de Toam en Irlanda su patria. Habiendo pasado este prelado á Lovaina, de donde sacaba su Iglesia grandes socorros, y fijado su residencia en el colegio de los irlandeses, inmediato al que tenia por rector á Jansenio, la vecindad, y

mas que todo, la semejanza de inclinaciones y de doctrina los unieron muy en breve con los vínculos de una amistad íntima. Conrió se declaró abiertamente por la doctrina de Bayo, y procuró introducirla entre sus compatriotas. La primera tentativa que hizo fué la publicacion del tratado sobre la pena de los niños que mueren sin bautismo, en que sostiene como si fuera punto de fe, y sin cuya creencia, dice, se incurre en pelagianismo formal; que estos niños desgraciados padecen en el infierno la pena del fuego, y que Dios los condena á ella en virtud del solo pecado original, aun antes de la prevision absoluta de su perseverancia final en el pecado. Escribió tambien en Lovaina otro tratado, que intituló *el peregrino de Jericó*, tan lleno de las opiniones de Bayo y de Jansenio, que puede considerarse como la copia del primero, y el ejemplar ó modelo del segundo.

Entretanto aspiraba Conrió, del mismo modo que Jansenio, á la gloria de la invencion: y como la modestia no es la virtud de los fundadores de sectas, la competencia y los zelos introdujeron la discordia entre los dos campeones: El holandés daba al irlandés el nombre de *baladron*, y procediendo con una malicia refinada, aplaudia en su presencia los pasages de sus obras que le merecian el concepto de mas defectuoso. Por lo demas iban de acuerdo en quanto al interés comun ó al establecimiento de las nuevas opiniones, cuyos progresos fueron tales